

EL ORIGEN ESPIRITUAL DEL NIÑO

Mis queridos amigos:

Permítanme que al principio de estas exposiciones les presente dos imágenes. La una la encontramos en la Gemälde Galerie de Dresde. En un gran marco. Debajo, en el borde del marco vemos una triple corona papal y a dos pequeños ángeles como geniecillos que se apoyan con sus manos y brazos con cierta jovialidad sobre el marco del cuadro, sus ojos dirigidos hacia arriba, como para introducir todo el escenario. Detrás se abre un pesado telón verde oscuro. Ese telón se halla ampliamente abierto. En la parte inferior izquierda vemos la figura de un anciano vestido con una túnica dorada dirigiendo su mirada hacia arriba. A su derecha la figura de una mujer joven que mira hacia abajo. En medio tenemos nubes de color suave y sobre ellas dos pies humanos. Luego un vestido rojo, envuelto en una pesada y ondeante túnica azul movida por el viento que constituye a su vez una especie de telón que quiere abrirse. Y luego, en el trasfondo volvemos a tener nubes, muy sutiles en un delicado color azul. Si miramos con más atención veremos que en realidad están hechas de rostros infantiles. Y acto seguido el rostro de la madre y el del niño. En ese niño lo singular son los ojos. Sobre esos ojos dice el escritor clásico alemán Hermann Grimm:

“Es como si ese niño leyera en el aire su futuro destino, y se preguntara si lo que todavía le espera en la lejanía ya lo hubiera sufrido y superado.”

Así es como ese hombre ve esos ojos. Todos ustedes conocen esta imagen, ¿no es cierto?, me refiero a la Madonna Sixtina de Rafael. Pero he tenido la sensación de que por un momento debíamos detenernos a contemplar esa imagen.

La segunda imagen que me permito presentarles la encontramos en los Evangelios. Me refiero a aquella extraordinaria y enigmática ocasión donde se dice: “*Kai prosépheron autô paidía hina apsétai auton*” (Marcos 10,13) “Le presentaban unos niños para que los tocara”. Los discípulos regañaban a los que los traían. Y entonces se dicen esas curiosas palabras: “*idón de ho Iesus eganáktesen*”, “Viéndolo Jesús se enojó”. (Marcos 10,14). Y entonces hizo que los niños se le acercaran y dijo esas curiosas palabras: “Quien no reciba el reino de Dios como niño “*hós paidíon*”, (en realidad no se sabe bien como traducir eso en nuestra lengua, ¿No es cierto?: “como niño” o “como un niño” o “en forma de niño” o “en la forma propia de un niño”, todo eso está implícito en esa expresión,) “no entrará en él”. Y luego dice: “*kai enankalisámenos autà kateulóguei*”, “y después de abrazarlos, les impone las manos y los bendice”, es decir, a los niños.

Ahora bien, mis queridos presentes, estas son las dos imágenes. Y ya ven, uno puede realmente hacerse la pregunta, cuando usamos la palabra "niño" en nuestra lengua, que equivale a "paidion" en griego, ¿sabemos realmente qué es eso, el niño? Aparentemente sí, porque lo experimentamos todo el tiempo. Y aunque hemos olvidado en gran medida nuestra propia infancia; ciertas imágenes de nuestros años infantiles siguen ahí, aunque ya no sabemos cómo éramos.

Y cuando uno dice "el niño", entonces también hay que modificarlo un poco interiormente, porque en verdad es "el ser humano como niño", es decir, el ser humano en estado de niño. Pues bien, eso es un enigma. Y por ello creo que es importante preguntarse por el origen del niño y preguntarse por el origen del niño en el contexto pedagógico, es decir, en el contexto en el que uno debe averiguar de alguna manera: ¿qué es lo correcto que debiera hacerse con estos niños? Decir lo que es "correcto" en realidad tampoco es del todo correcto, en realidad habría que decir: qué es lo adecuado para el ser humano como niño, cuando queremos saber qué hacer, cómo tratar educativa, pedagógica,

humana y vitalmente a ese ser humano en estado de niño, y entonces hemos de preguntarnos por el ser que realmente es: el ser humano como niño. Y tal vez a partir de ahí podamos encontrar el camino que nos permita averiguar de dónde procede realmente ese ser.

Y dejando ahora de lado esas dos imágenes que hemos examinado brevemente, intentemos hablar de lo conocido como si nos fuera algo desconocido. Pues cuando vivimos con un niño y vivenciamos al niño tenemos ante nosotros el curioso hecho de que eso es como una especie de fuente de vida, un impulso singular y firme, podría decirse igualmente: una voluntad, y hasta una fuerza de vivir, de estar ahí. Todo ese minúsculo ser, especialmente en el niño muy pequeño, se halla plenamente embebido de una pulsión, de una vibración de vivísimo movimiento, de una vida impulsora, que se manifiesta y se lleva constantemente a sí misma. Y cuando vemos como se exterioriza esa vida, cómo se pone inmediatamente en relación con su entorno, constatamos que esa vida se transforma incesantemente en una vivencia, en una experiencia anímica, intensa y poderosa, que no establece ninguna frontera entre sí misma y el mundo. No sólo lo que es o lo que tiene el niño es parte de sí mismo, sino también forma parte de sí mismo aquello que agarra, lo que no tiene, aquello por lo que siente hambre y sed, aquello que ansía y que reclama. Por tanto, no solo hay que apuntar a esa fuente profunda e inagotable de fuerza vital, de voluntad de vivir, sino también a esa singular unidad, a esa identificación entre sí mismo y el mundo.

Y el tercer aspecto que descubrimos al contemplarlo es cómo frente a esa vivencia, esa vida que se identifica plenamente con el entorno, tal como se manifiesta, nos encontramos con una fuerza descomunal que no es más que la *absoluta confianza* en ese entorno. Por tanto, no solo una incesante imitación de ese mundo circundante, sino también un profundo sentirse en uno mismo, de modo que igual como uno puede confiar en su existencia propia también puede experimentar ese entorno, ese mundo que lo rodea sintiendo que puede confiar profundamente en él, porque uno tiene el sentimiento fundamental y primigenio de que “este mundo a mi alrededor es total y absolutamente bueno”.

¿De dónde le viene eso? Ante se niño nos asomamos a un abismo de misteriosa profundidad. Me refiero esencialmente al niño que vive en el primer septenio. Y eso se debe precisamente a que el niño no es para nada intelectual. Uno de los más fatales malentendidos de la actual humanidad intelectualizada, es creer que hay que intelectualizar a los niños lo antes posible, de advertir lo más pronto posible que esa originalidad y naturalidad, la sana ingenuidad del niño ha de acabar naufragando, que el mundo no es bueno, sino que oculta en sí mismo peligros y cepos, y que hay que procurar lo antes posible que ese pequeño ser se despierte. Pero justo en la medida en que intelectualizamos al niño, desaparece esa naturalidad, esa ingenuidad. Y surge la reflexividad, surge la oposición interior entre lo uno y lo otro, entre el ser humano y el mundo y también dentro del ser humano mismo. De alguna manera comienza a reflexionar. Y con ello eso que en origen era puro e infantil se ve amortiguado, debilitado, sofocado por una especie de escarcha. El término ingenuidad hemos utilizarlo en su sentido positivo, pues significa natividad (*ingenuus*=nacido libre), candor (=blancura que irradia luz), significa espontaneidad originaria, ser uno mismo sin falsedades. Eso es precisamente lo estremecedor, cuando los adultos nos encontramos con los niños, con ese candor totalmente ingenuo que no se preocupa de esto o de aquello. Siempre es bueno recordar esa deliciosa anécdota que Rudolf Steiner relata sobre sí mismo:

“Cuando en torno a mis veinte años ejercía yo de preceptor en una familia, había allí un pequeño a quien yo no enseñaba, pues yo sólo tenía a los mayores; y él era un primo de ellos...”

era un muchachito amable, simpático y con buenas ocurrencias, podría haber sido un alumno muy aventajado. Yo estaba presente a menudo y podía ver cuán inteligente y gracioso era aquel chiquillo. Era todavía muy pequeño, apenas tenía dos años... y también le gustaba decir palabrotas. A mí no me parecía que a un niño de esa edad le perjudicara el echar pestes a su gusto, porque eso se atempera más tarde. Por esa razón se había acostumbrado a insultar y decir palabrotas particularmente contra mí. Una vez, al entrar yo en la habitación, el muchacho se me plantó enfrente y, no encontrando ninguna invectiva bastante fuerte para su gusto, exclamó: “¡Aquí vienen dos asnos!” Era enormemente ingenioso, ¿no es cierto?”¹

Así que el niño al ver al joven Steiner lo mira durante un momento y finalmente se crea una impresión del joven profesor y la resume de manera radical en un concepto: “ahí vienen dos asnos”, no le bastaba con uno, habían de ser dos, para que fuera más radical. ¡Eso es ingenuidad, es expresión de lo que uno experimenta de manera directa! Bueno, hay miles de anécdotas parecidas con los niños, en las que emerge límpidamente ese elemento, y no hay para el alma humana nada más agradable y magnífico que experimentar eso una y otra vez.

Y también surge lo otro de esa vida del niño que mana, que brota sintiéndose que se identifica con todo, y es el hecho de que el niño es *realmente inocente*. Ese es nuevamente un concepto, el de la ingenuidad del niño, la espontaneidad originaria del niño, la total autenticidad de lo que el niño manifiesta, del alma humana, de la existencia infantil, mas por el otro lado también el que uno tiene la impresión: inocencia. ¿Nuevamente, qué quiere decir eso? Es decir, algo sin malicia, sin reserva, sin antecedentes, sino algo que vive en la expresión directa y como consecuencia de ello entregado plenamente a lo que hay a nuestro alrededor. Podríamos llamarla también: la inocencia y claridad sin máculas del niño.

Mas cuando tenemos todo eso en cuenta vemos que lo que tenemos ante nosotros de manera tan exteriormente visible, ese ser infantil corporal que se va desarrollando, se halla inserto en un proceso evolutivo en el que va cambiando hora tras hora. Esas condiciones interiores de vida que brota y fluye, ese sentirse unido plenamente con el entorno, esa incondicional y confiada entrega y gratitud por el entorno, ese estado de espontánea ingenuidad e inocencia provoca cambios ininterrumpidos en el cuerpo de ese niño. Se tiene la impresión de que eso que vive interna, anímica y espiritualmente en ese niño es tan poderoso, tan enorme que tiene que transformar constantemente esa corporalidad plástica. ¿Por qué? Para que de aquello que se halla alrededor del niño pueda penetrar, incorporarse, encarnar cada vez más en dicha corporalidad. Lo que ahí sucede en el fondo es un proceso titánico, el hecho de que eso anímico-espiritual que hasta ahora hemos intentado examinar brevemente posee el poder de obrar e intervenir en un elemento corporal-carnal-material, introducirse y encarnar en ello, de penetrarlo plenamente.

Y por eso, cuando contemplamos al niño en realidad hemos de hablar siempre por un lado de despliegue, de desarrollo, de evolución que corre paralelo con el plegamiento, el arrollamiento, la penetración en la morada de la existencia corporal. Por lo que siempre nos hallamos con esos tres aspectos: en primer lugar, ese cuerpecito físico, que no para de crecer y transformarse, tanto si duerme como si está despierto; en segundo lugar, con la profundidad, el poder del querer convertirse en ser humano, y en tercer lugar con lo que en realidad sólo podríamos expresarlo con las palabras: el aura infantil, lo que brilla alrededor de esa corporalidad. Y si recordamos la imagen que mencionamos al principio veremos cómo el pintor no sólo envuelve a esa madre con un pesado manto que se halla movido por el viento, sino también con una aura brillante, transparente,

1.- Narrado en el ciclo “Coloquios Pedagógicos”, GA 295. Octavo Coloquio.

resplandeciente, luminiscente.

Ese fue un poco el intento de llevar el asunto a una imagen. Goethe, en su “Verdad y Ciencia”, intenta dar cuenta de la naturaleza del niño, y dice algo bien singular:

“Si los niños crecieran de la misma forma en que los vemos crecer cuando aún son muy pequeños, tendríamos numerosos genios a nuestro alrededor”.

Y Hebbel en sus “Epigramas” nos dice:

“Los niños son enigmas, enigmas de Dios, los enigmas más difíciles de resolver. Pero el amor lo consigue cuando se conquista a sí mismo”.

Ahora bien, la visión terrenal exterior, la corporeidad física, la urgencia interior de convertirse en ser humano y, por último, el aura, el aura infantil, ¿qué hay ahí dentro?

Pues bien, quisiera comenzar de nuevo desde el principio, y es que el momento más grandioso es el de la primera sonrisa. Quien llega a experimentar cómo de eso que al principio todavía es oscuro durante las dos, tres o cuatro primeras semanas de vida llega el momento en que por primera vez se establece ese contacto, se genera esa relación entre esa alma infantil inocente, natural, ingenua y la otra persona, que puede ser y en la mayoría de los casos suele ser la madre. Y luego poco a poco esa sonreír se va repitiendo en determinados momentos, hasta que paulatinamente se ve acompañado de un segundo y grandioso proceso, a saber, el constante gesto de agarrar las cosas. Lo que va desde la acogida de alimentos hasta los constantes movimientos de agarre, con las manos, con los pies, con la boca.

Pero ese estado de sonreír y agarrar, se ve poco a poco perforado por algo que se va desarrollando paulatinamente, por eso que Rudolf Steiner infinitas veces llamó de humanización del ser humano terrestre como niño, a saber, por el levantarse sobre las piernas hasta llegar a mantenerse de pie, y todo ello impregnado por el constante conflicto con una fuerza con la que se encuentra ese ser humano terrenal. Esa es la fuerza con la que la Tierra atrae el cuerpo humano, lo atrae hacia sí. No sé si han tenido alguna vez la oportunidad de estar presente en un nacimiento, donde en el momento en que el niño ha abandonado el cuerpo de la madre, se halla allí tumbado, antes de que se produzcan las primeras reacciones, tumbado y entregado a la gravedad, cuando la percibe por primera vez, pues hasta entonces no había percibido lo que era la gravedad al estar flotando ingravido en el líquido amniótico en el vientre de la madre. Y ahora de repente se encuentra con una fuerza fundamental de la Tierra que influye constantemente sobre el cuerpo y lo atrae hacia abajo, hacia la Tierra, hacia el centro de la Tierra. Y frente a esa tracción actúa ahora un impulso, el impulso a levantarse, a erguirse y con ese erguimiento orientarse en el reino de la Tierra. Que nadie piense que esa orientación que se opone a la poderosa fuerza fundamental de la gravedad en lo terrestre consiste únicamente en que el niño se levante, sino que todo movimiento de las extremidades, de la cabeza, todo movimiento que hagamos con el cuerpo entero se halla constantemente determinado por la colaboración mutua con la gravedad. Podría decirse que en ese niño se produce constantemente una sorpresa existencial, el hecho de que repentinamente se percibe habitando en un mundo que se halla determinado fundamentalmente por la fuerza de la gravedad. Mis queridos amigos, hace ya mucho que nos olvidamos de lo que hicimos cuando teníamos esa edad, que de ese estado donde estábamos envueltos, en que flotábamos y éramos llevados antes de nacer, incluso en estado embrionario, de repente nos vimos introducidos en este mundo de la gravedad y luego intentamos desplegar un impulso de erección frente a esa gravedad. Quisiera que esto quedara clara y drásticamente en nuestra conciencia.

El segundo aspecto que señala una y otra vez Rudolf Steiner es el hecho de que, repentinamente, dentro del proceso de respiración, en la inhalación y la exhalación, se puede generar como un berrido. Efectivamente, un grito y berrido infantil que emerge de las profundidades. Y eso posee un determinado ritmo de jadeo, uno lo oye con el oído, con “uaaaa” que en la mayoría de los casos sale por sí mismo. Y uno tiene la impresión y hace tiempo que ya olvidó, de que el niño mismo se sorprende enormemente de que sea capaz de berrear. Y eso lo hacen a menudo no porque tengan una necesidad real, concreta, sino simplemente por el hecho de que ¡hay que aprovechar que se tiene esa posibilidad! ¡Hay que aprovechar que se tiene esta oportunidad! ¿No es cierto? El hecho de que uno a veces pueda ser una molestia para el padre y la madre y los demás familiares es, por supuesto, un efecto secundario, pero no es tan importante en el conjunto. - ¿Qué sucede ahí? Pensemos que, de repente, el ser humano descubre que puede tratar con el aire que fluye al respirar, y a menudo se tiene la impresión de que, cuando posteriormente dan este segundo paso para llegar a ser humanos, a menudo se sorprenden de que puedan balbucear, de que puedan decir algo, que puedan pronunciar una A, una E, que puedan formular una L, que de golpe suceda algo que constituye una posibilidad de exteriorizar el propio ser.

Con la ayuda del habla, pues, se introduce acto seguido el gran momento, que ahora consiste en que los adultos hablen alrededor del niño, que hablen ellos, y que den nombres a las cosas cuando hablan: luz, auto, perro. Que, de golpe, a partir de la palabra, aparezcan nombres y que con estos nombres surja algo que le dé al niño la posibilidad de nombrar las cosas y formarse así un concepto a partir del nombre, es decir, captar un pensamiento. De nuevo, es maravilloso ver cómo un niño empieza a pensar con la ayuda de la palabra, cómo busca a tientas el contenido de la palabra, el contenido de pensamiento de la palabra, cómo tiene experiencias por otro lado por las que busca la palabra. Hasta que finalmente se desarrolla la capacidad de pensar.

Así, desde la primera sonrisa, desde el primer contacto, pasando por el gesto de agarre, hasta estos tres procesos fundamentales de la humanización del hombre terrenal: ponerse de pie, hablar y pensar.

Ahora bien, aquí hay un gran misterio, un misterio que consiste en el hecho de que creemos que el ser humano ya viene predispuesto para estos tres procesos de humanización. Solemos asumir eso emocionalmente y como algo obvio. Creemos que el hombre ya viene predispuesto a levantarse, a hablar, a pensar y, por lo tanto, a ser un ser humano y a ser esencialmente distinto de todos los demás, por ejemplo, de los animales. Una de las grandes sorpresas de la ciencia espiritual de Rudolf Steiner es que subraya explícitamente que no es así. Que un ser humano encarnado no se levantaría y aprendería a hablar y a pensar, si no fuera por su entorno humano, con el que se encuentra ese niño en forma de personas que caminan erguidas, que hablan y que piensan, ¡el niño no se volvería terrestre por sí mismo! Experimentos similares se han llevado a cabo y también ha habido destinos similares, por ejemplo, el destino de los niños lobo, donde se veía claramente: el ponerse de pie, el hablar y el pensar no se habrían producido si en edad infantil no hubiera habido desde el principio el entorno humano, que camina erguido, habla y piensa.

Y ya ven, esto es lo que quiero decir cuando hablo del gran misterio, que consiste en que todo ser humano se convierte precisamente en humano desplegando esas tres cuestiones fundamentales. El ser hombre en origen no está no viene con la disposición de levantarse, sino de entregarse a los brazos de la Madre. Tampoco viene con la disposición para hablar, pero sí para escuchar la palabra y el canto de la madre y a succionar con todo su ser a la madre que habla, a la persona que habla, al adulto que habla, y a dejar que resuene en él para sentir interiormente su ser y experimentar

plenamente esa conexión entre él y el mundo. El niño tampoco está predispuesto por naturaleza a pensar, sino a decir" simplemente "sí" o "no"; porque básicamente sólo hay dos pensamientos, es decir, sólo dos juicios: o el "sí" o el "no". Pero, a ¿formar conceptos, a pensar sobre el mundo, a desarrollar un intelecto? Tal vez digamos: "Sí, pero para eso están los órganos". Claro que están ahí. *Físicamente*, el ser humano viene preparado para erguirse, para adoptar una postura vertical. *Físicamente*, viene preparado para hablar, ¡tiene una laringe así! *Físicamente*, viene preparado para pensar, ¡tiene un cerebro así!

La ciencia espiritual, sin embargo, comprueba que seguiría sin hacerlo si no pudiera ejercer la imitación de lo que hacen los adultos. Esto implica, sin embargo, que el acto de hacerse humano por parte del niño es un proceso de imitación que surge de la profunda confianza que el niño tiene en su entorno.

Mas aquí emerge otra pregunta interesante, en este caso la pregunta inversa: De acuerdo, pero si el niño, tal como viene a la Tierra como niño, no viene preparado físicamente para erguirse, hablar y pensar, entonces ¿cuál es la predisposición que trae consigo? Eso nos lleva al punto donde podemos y debemos pasar directamente de la experiencia del ser humano niño, del ser humano en estado de niño, al origen espiritual del niño. Pues en ese no hallarse preparado para la existencia terrenal se constata que el niño viene de un mundo completamente distinto al terrenal, que el niño viene de un mundo espiritual en el que prevalecen condiciones totalmente distintas a las del mundo terrestre. ¿Hay que enfrentarse a la gravedad en el mundo espiritual? Está claro que no. ¿Hay que hablar y expresarte en el mundo espiritual con la ayuda de un órgano corporal? Claramente no. ¿Nos hacen falta conceptos en el mundo espiritual para comprender el mundo? Es evidente que tampoco. Estos tres procesos fundamentales para llegar a convertirse en un ser humano en la Tierra tienen un origen opuesto. Tienen como fuente al ser humano prenatal, el ser humano que no se convierte en ser humano terrenal como un niño, sino el ser humano que en su existencia prenatal no deja de ser una entidad espiritual en un mundo espiritual.

Mis queridos amigos, soy plenamente consciente de que en el momento en que empezamos a hablar de esto, estamos cruzando un umbral. Que estamos tratando de hacernos ideas al respecto: ¿Cómo es el ser humano suprasensible antes de nacer? ¿Qué aspecto tiene el niño o el ser humano como niño en el estado prenatal? ¿Y cómo es el mundo en el que vive y del que procede y del que luego trae consigo esa voluntad de vivir para encarnarse en el cuerpo, esa absolutamente confiada voluntad de imitarlo todo para convertirse en un ser terrestre y acoger las fuerzas de la Tierra?

Podemos entender un poco mejor esta pregunta cuando en nuestra existencia terrenal ordinaria vemos que los adultos también tenemos dos estados de conciencia completamente distintos, ambos en la vida de vigilia. Permítanme describirlo un poco. En la existencia terrenal normal nos sentimos y experimentamos a nosotros mismos como centro, situados en nuestro cuerpo, y que sentimos este cuerpo no sólo como instrumento, y como morada, sino también como nuestra propia entidad dadora de forma. Ahora bien, existe la posibilidad de retirarse, por así decirlo, del propio cuerpo, también de retirarse de que el cuerpo hace de intermediario con el mundo, es decir, de pasar a un estado meditativo. Cualquiera que haya hecho el más mínimo intento de meditar en su vida lo sabe: hay que cerrar los ojos, hay que cerrar los oídos, por así decirlo, hay que poner los miembros en reposo, hay que relajar los músculos, hay que desconectar al máximo la percepción de lo físico, al igual que la percepción del mundo corporal que nos rodea. ¿Y entonces qué? Entonces la configuración de la propia conciencia cambia hasta el punto de que uno ya no se experimenta a sí mismo en el centro

y al cuerpo como una envoltura y al mundo como una circunferencia, sino que uno crea un espacio completamente nuevo dentro de sí mismo, el espacio de meditación, el espacio en el que uno mismo se convierte en la circunferencia para aquello que uno coloca voluntariamente en el centro de la propia conciencia, ponderando, contemplando. Uno pasa de ser alguien orientado centralmente a alguien orientado periféricamente, en un ente circunferencial. Y una meditación es tanto más exitosa cuanto más intensa, clara y nítidamente podamos crear este estado, que realmente nos desprendamos de todo lo que nos ocupa en la vida cotidiana y que colma nuestra alma, que vaciemos nuestra conciencia, por así decirlo, para el contenido que luego colocamos nosotros mismos en esta alma. Pero, ¿quién introduce eso ahí? ¡Pues precisamente ese entorno en el que uno se ha convertido!

Como puede verse, ahí tenemos una cierta clave para situarnos en la transformación total que hemos de experimentar interiormente si queremos comprender cómo era el ser humano antes de nacer. Porque ése es precisamente el verdadero *actus purus* de convertirse en ser humano terrenal, el que busquemos y establezcamos esa existencia central, que nos apoderemos del cuerpo, que se produzca esa involución en la corporalidad y el resultado de ello sea el desarrollo de la corporeidad como tal. Antes, especialmente antes de la concepción, eso no puede producirse en absoluto. Porque en ese período el ser humano no tiene cuerpo. ¿Pero qué tiene entonces? Tiene su ser anímico-espiritual, y ese ser anímico-espiritual es un ser envolvente, un ser periférico. Y no hay que imaginarse que esa periferia sea tan pequeña.

¿Y entonces cómo es el entorno que le rodea en el mundo espiritual? Como ven, esto nos lleva al segundo punto decisivo: externamente, materialmente, existe la ley fundamental de que donde hay una materia, no puede haber una segunda, es decir, las cosas materiales deben estar necesariamente una al lado de la otra. En lo espiritual la cosa es distinta. Basta con que hagamos el muy simple intento de mirar a otra persona a los ojos. Allí veremos que somos capaces de penetrar completamente la fuerza anímica que irradia desde el ojo de la otra persona con nuestra propia fuerza anímica. Sólo hemos de intentar sentir realmente nuestro camino hacia el alma de otra persona, e inmediatamente podemos tener la vivencia de que penetramos completamente en esa otra alma. En lo anímico-espiritual no existe la espacialidad exterior como en el mundo material, sino que existe el misterio de la mutua inhabitación y penetración de los seres.

Así pues, el ser humano antes de nacer no es únicamente un ser esférico, un ser periférico, sino que dentro de ese ser periférico-esférico viven también los demás seres. No podemos decir: “aquí estoy yo - y ahí está el cuerpo de otra persona, y eso está separado por el espacio y la materia,” sino: aquí soy como una especie de circunferencia, y en ella viven también -¿quiénes? - los seres del mundo espiritual. No todos, pero todos aquellos con los que de alguna manera tengo una relación o una afinidad.

Como vemos, ahí tenemos la segunda posibilidad de restablecer un puente, de imaginar qué es lo que sucede realmente en lo prenatal. Así pues, sí, por un lado, aprendemos a través de la vida meditativa a generar la conciencia periférica, cuando por el otro lado vemos que la interpenetración es posible en el reino anímico-espiritual, que también es posible la identificación, la cohabitación mutua simultánea, entonces empezamos lentamente a comprender cómo pueden ser realmente las cosas en el mundo espiritual. ¿Y con quién convive uno allí? Por un lado, convivimos con los seres que no están directamente relacionados con el mundo terrenal, sino que son seres puramente espirituales, es decir, con los seres de las jerarquías: Ángeles, Arcángeles y Arcaí. Pero también vivimos junto con lo espiritual, con lo anímico, y con la vida de los seres encarnados en la Tierra,

vivimos en la región de la vida del mundo vegetal, en la región anímica del mundo animal, vivimos en la región anímica y en la espiritual del mundo humano. ¿Y dónde está eso? Como verán, todo está dentro del ser humano esférico. Y cuando el ser humano tiene un encuentro con un ángel antes de nacer, no es que este ángel se acerque a él desde fuera, sino que ese ángel estalla en su propio interior, lo que le permite tener una percepción de ese ángel. Piensen en lo que esto significa, por ejemplo, para la relación entre el niño y sus padres: que el niño, en su camino del Cielo a la Tierra, en su camino hacia la encarnación, siente en su propio interior las almas del padre y de la madre, las experimenta en sí mismo. Y al experimentar en sí mismo lo más íntimo del padre y de la madre, adquiere precisamente esta inconmensurable confianza, porque conoce a sus padres desde dentro, no desde fuera, como se le aparecerán más tarde, cuando se haya convertido en un ser humano.

Como vemos, esta constitución, esta constitución básica de un ser espiritual en un mundo espiritual entre otros seres espirituales y almas, está conectada con el hecho de que hay un tipo de orientación totalmente diferente en el mundo espiritual que en la Tierra. En el mundo espiritual se produce un tipo de orientación totalmente distinto al de la Tierra. Las orientaciones en la Tierra se producen gracias a una fuerza de atracción, la fuerza de la gravedad. El ser humano ha de encarnarse con ella y contra ella, pues para ser un ser humano terrestre, debe levantarse y erguirse. Pero esa capacidad de mantenerse erguido no es necesaria en el Cielo, sino ¿qué se necesita allí? Allí, el hombre necesita la orientación de su acercamiento a otros seres espirituales. Y allí actúan enormes fuerzas de atracción, pero estas fuerzas de atracción son de naturaleza espiritual, no de naturaleza física como la gravedad, sino que son fuerzas de simpatía. Y en la medida en que el ser humano prenatal que se acerca a la Tierra tiene ciertas intenciones, trae consigo ciertos impulsos, tiene simpatía ante este o aquel ser del mundo espiritual, un congénere aún no nacido, un ser humano fallecido, una persona terrestre que espera a este niño en la Tierra, ese ser siente finalmente un poder de atracción ante las Jerarquías, ante los Dioses, ante Ángeles y Arcángeles. Y hacia esto se orienta el ser humano antes de nacer. Por tanto, no se orienta, como el ser humano terrestre, en el gesto de erguirse, sino que se orienta en la simpatía que siente por los seres divino-espirituales que lo rodean, y esto provoca en él esta confianza inconmensurable: el mundo es bueno hasta la médula. Porque experimenta la moralidad de las entidades divinas. Este es el origen de la confianza infantil en el mundo.

Y la segunda también puede entenderse un poco, a saber, la que está relacionada con lo que el ser humano terrenal debe aprender más tarde como lenguaje, junto con la respiración; pues en el mundo espiritual no necesita laringe para expresarse. Las expresiones en el mundo espiritual tienen lugar de manera muy distinta, tienen lugar directamente a través de la experiencia interior. ¿Qué significa esto? Como ven, en la existencia prenatal también hay algo parecido a una respiración, sólo que no se exhala y se inhala aire, sino que el propio ser se expande esféricamente y acoge a los demás seres, se identifica completamente con ellos y, por así decirlo, se duerme en ellos. Algo muy parecido ocurre en la Tierra cuando los amantes se duermen uno en el otro. Duerme en ellos, luego se contrae, inspira en sí mismo, y en el momento en que inspira en sí mismo, se despierta a lo que esos otros seres tienen que anunciar en él, y oye al ser como un tono, como un sonido. Y el ser humano vive antes de su nacimiento lleno de ese sonido del mundo, de esa resonante palabra cósmica. No necesita hablar en absoluto, algo habla dentro de él. Y por eso, cuando luego viene a la Tierra, está predispuesto, a escuchar el sonido de la madre. No hay nada más beneficioso para el niño pequeño que el canto de la madre; cuando la madre canta, esa nana interior vuelve a recobrar su sentido, como

un maravilloso recuerdo del estado supraterebral y celestial anterior al nacimiento.

Como ven, la tercera cosa es también distinta en el mundo espiritual de lo que es aquí abajo: a saber, allí no hace falta pensar. Pero entonces ¿qué es lo que hay allí? En el exterior inhalado, en el interior de los seres que resuenan y suenan en el propio interior, se revela al mismo tiempo su cualidad, su sentido, su significado. Se revela como una especie de vida de luz interior. El otro ser resplandece, y se revela en la interioridad del ser humano no encarnado. No necesita pensar qué significado tiene, sino que el significado se revela por sí mismo, y a través de sí mismo, porque el mundo suprasensible es el mundo de la revelación, es el mundo de la verdad, es el mundo de la inmediatez sin velos. Allí vivíamos antes de venir a la Tierra. Y en nuestra vida en ese mundo suprasensible-espiritual tuvimos precisamente eso: que nuestra orientación, nuestra relación con el mundo se producía mediante la relación de simpatía con los seres espirituales, que nuestra experiencia se producía mediante la autorrevelación de la resonante palabra cósmica en nuestro propio ser interior, y que nuestra comprensión del mundo se producía gracias a una iluminación directa plena de sentido.

Ven pues, que el ser humano trae consigo esas capacidades cuando viene a la Tierra, y tiene que transformarlas totalmente. Y no podría hacerlo, seguiría siendo un ser que rehúye lo terrestre, si no hubiera a su alrededor seres humanos adultos que ya lo habían logrado por sí mismos: el ponerse de pie y andar, el hablar desde nuestro propio ser interior y el pensar, crear conceptos, pensamientos sobre la esencia del mundo que nos rodea.

Mis queridos amigos, cuando uno descubre por la ciencia espiritual algo como lo que he tratado de presentarles aquí, se plantea una inquietante pregunta: Y qué le pasa al niño si no es bien recibido, llevado, tratado, guiado, educado, si estas facultades interiores, esa sana transformación del ser humano celestial en ser humano terrenal no puede producirse de una manera sana, sobre todo con el ritmo sano que necesitan; Cuando a estos niños se les intelectualiza demasiado pronto, cuando se les despoja de su ingenuidad original, cuando se les priva del mundo de imágenes que tan benéficamente les sale al encuentro, por ejemplo, en los cuentos de hadas; cuando se les priva de la posibilidad del juego libre, del juego imitativo, etc., se producen lesiones, lesiones que luego causan mucha tribulación en el curso de la vida...". - Pero tampoco hay que considerarlo tan catastrófico. Por otra parte, esto no significa, por supuesto, que no haya que intentar tomar las medidas educativas adecuadas mediante un sentimiento y una visión fundamental del niño pequeño. Esa es la cuestión que nos inquieta. ¡Y la humanidad se enfrenta hoy inexorablemente a este problema! Y ya se puede ver la peligrosa forma en que el niño pequeño está siendo apresado hoy en día por personas bienintencionadas que tienen la convicción de que el ser humano sólo se convertirá en un ser socialmente correcto si se le intelectualiza lo más pronto posible. ¡El mayor de los desastres! Porque estas mismas personas lo pasarán increíblemente mal más tarde, también entre ellas y entre sí, pero desde luego no se convertirán en buenos participantes sociales en la sociedad. Provocarán lo contrario de lo que en realidad pretendían provocar.

La segunda cuestión preocupante, con la que me gustaría llevar estas exposiciones a una cierta conclusión, es naturalmente ésta: En la biografía humana terrenal, cuando el ser humano crece como niño y ya no es niño, y se ha hecho adolescente, cuando vive finalmente como adulto, cuando alcanza finalmente la madurez de la vida, ¿este niño en el ser humano será finalmente destruido, trastocado o disuelto? Como ven, una vez más podemos aprender de la ciencia espiritual el hecho de que, a pesar de todo, en cada uno de nosotros una parte muy y profunda de nuestro verdadero ser se permite

seguir siendo un niño durante toda nuestra vida, debe seguir siendo un niño, quiere seguir siendo un niño, porque, mis queridos amigos, allí, donde nosotros mismos somos más profunda y fundamentalmente honestos, verdaderos y genuinos, incluso si somos seres humanos maduros adultos plenamente despiertos y conscientes, todavía tenemos al niño, nuestro propio ser ingenuo original, aquello que permanece vivo en nosotros en pureza y verdad e inocencia, incluso si nos volvemos profundamente culpables. Al mismo tiempo, saber esto significa buscarlo y encontrarlo en algún lugar dentro de uno mismo. Y la comprensión más profunda del adulto hacia el niño en realidad sólo surge cuando el adulto experimenta esta infantilidad pura, original e ingenua de su propio ser. De alguna manera, los mejores educadores siempre han tenido esta experiencia de su propia infancia. No hay más que ver, por ejemplo, cómo trata a sus hijos un tipo como el negro Pestalozzi.

Por supuesto, el misterio humano más profundo está conectado con todo esto, ¿no es así, y con esto tal vez pueda concluir toda esta contemplación, porque Aquel que ahora conoce al verdadero ser humano habla de tal manera que dice:

Si no buscáis el reino de los cielos
y lo encontráis con lo que hay de niño en vosotros,
no podréis encontrarlo en absoluto.

Y así podemos ver por un lado que
el niño viene de un mundo espiritual,
y vive enteramente en ese mundo espiritual....

(Ahora faltan unos 30 segundos de texto en la cinta. Una breve nota de Fraulein Jerosch sirve de complemento:)

...veraz, desinteresado ingenuo.

El niño viene de ese mundo de lo espiritual ... pero sea como sea más tarde, podemos saber que esto está presente en nosotros y que esto significa la Divinidad, que dice: Si no os volvéis como los niños pequeños, no podréis volver a encontrar el mundo espiritual.

Conferencia del Dr. Friedrich Benesch, pronunciada el sábado 27 de septiembre de 1975 a las 20 horas en Stuttgart-Riedenberg. Esta conferencia tuvo lugar en el marco de la consagración del Jardín de Infancia Waldorf en Stuttgart-Riedenberg. Grabada en cinta cassette.

Traducida por Miguel López-Manresa